EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV — DECANO DE LA PRENSA LOCAL — Núm 9796

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 30 DE JUNIO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola

arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL —PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42

De Nápoles á Atenas

Eran las cuatro de la tarde. El vapor «Europa» zarpó hacia el Oriente y nos iba introduciendo en los vastísimos dominios de Neptuno, mientras nos presentaba cada vez más diminuta la Nápoles, en los tiempos prósperos para nuestra patria, de dominio español, y cuando ésta no se veia ya, el crepúsculo vespertino nos ocultaba, con sus sombras, la columna de humo del Vesubio.

Los compañeros de viaje eran pocos; la hermosa Kiria Elpis (Señora Esperanza) con su esposo á hijos todos griegos, tres alemanes, cinco rusos y un joven que, aunque griego, hablaba el italiano y francés, pues venia, de educarse, de Paris.

Con partidas de ajedrez con éste y difíciles conversaciones con los demás porque cada uno de ellos conocia solo su idioma, pasamos felizmente el mágico estrecho de Mesina y cruzamos el mar jónico.

Al tercer dia, á las 2 de la tarde la distancia permitia ya divisar las costas del Atica, por cierto más fértiles que las de Matapán, Cerigo, Malea y demás del Poloponeso. Por fin, después de recorrer el laberíntico archipiélago de las Cíclades, desembarcamos en el Pireo, antiguamente puerto de Atenas, hoy población moderna, de unas 8.000 almas y camino de Atenas.

Al ver la realidad de que mis ojos veian, mis manos palpaban, mis pulmones respiraban y mi alma saboreaba el mismo país de Venus, Cupido y Marte, admirablemente cantado por Homero y Virgilio, me hubiera consagrado gustoso al cultivo de las musas y sus inspiraciones.

Tomé el tren, único que existia entonces en Grecia, en el Pireo, y luego empezó á penetrar en una llanura amenísima por la frondosidad de sus verdes campos, innumerables y espesos olivos, tabaco y variadas producciones agrícolas.

Aquel valle do me introducía la locomotora, llamado el Atica, me despertaba un mundo de ideas adquiridas cuando el estudio de Historia y Literatura: esperaba con ansia llegar á Atenas para contemplar inmensos y valiosos recuerdos.

El precioso valle del Atica tiene unas cinco leguas de longitud por unas tres de latitud, formado por una cordillera al NO. y el histórico Ibeto al NE. Tres colinitas cónicas, en línea recta, se elevan al centro del llano: el Icabeto, el Acrópolis y el Filopapo.

Después de correr el tren por espacio de una hora llegaba majestuosa la locomotora al pie del Acrópolis, donde está situada la capital helénica.

El Filopapo, verdadero monton de ruinas, donde apenas queda vestigio, iba quedando á espaldas, á medida que nos aproximábamos al magestuoso Acrópolis, coronado de grandes é interesantes ruinas. Efectivamente; cuando, durante las tres guerras médicas, este puñado de valientes griegos vencieron los miles y millares de persas, recogieron un inapreciable botín é innumerables prisioneros. Agradecidos á sus mitológicos dioses por tal triunfo, quisieron mostrarles su gratitud levantando un monumento que, siendo digno de ellos, perpetuara la memoria del pueblo vencedor. Con tal botín y fabuloso número de prisioneros podian levantar una obra estupenda, como lo es el anfiteatro romano, levantado por Vespasiano y terminado por su hijo Tito con los miles de prisioneros hechos en la guerra contra los judíos.

Rebajaron y allanaron los griegos la cima de la colina, toda de durísima piedra marmórea, quedando una superficie plana, aproximadamente oval, de más de un kilómetro de diámetro mayor por uno de diámetro menor.

Aquella ilustre y gloriosa Atenas rodeaba la colina del Acrópolis y, despues de subir sus faldas, aun hoy alfombradas de césped, por combinados y serpenteados caminos, respirar las aromas del mirto, pinos y robles, como hoy de nuevo la hermosean, se llega á la fachada.

Por una escalinata de mármol que, empezando con la anchura de 15 metros termina en la de 6, después de subir más de 40 peldaños, llégase á los magestuosos *Propileos* que más tarde ví reproducidos en Munich.

El Coliseo romano es colosal, gigantesco y sólido; las columnas Trajana, Sixtina é innumerables grandes; pero el pórtico *Propileos* del Acrópolis, que era la entrada del recinto, á la vez que la grandeza de las columnas le forman grandioso, tiene el mérito de la arquitectura dórica, monumento imponente, apesar de los grandes destrozos y ruinas en que lo dejó la guerra de los griegos, hace medio siglo, para conseguir su independencia.

Siguiendo el acceso, por encima las ruinas marmóreas, se cruza por la explanada para entrar al *Parténon*, templo de dimensiones poco menores que San Pedro de Roma. La sólida construcción en mármol de este templo, de orden dórico, inspiración del elegantísimo de la Magdalena de París, estaba destinado á perpetuarse tanto como los siglos, á no ser que, convertido en ciudadela y depósito de pólvora durante la dominación turca incendióse el polvorín y con él volaron las bóvedas, cúpula y con ésta la enorme estatua dorada, que desde el mar (que queda á unas dos leguas) era saludada por los antiguos buques griegos al regresar de sus expediciones bélicas.

Sin embargo de tal destrozo, su estado da una idea cuasi completa de lo que fue.

El gran *Parténon* estaba dentro de un pórtico, que lo rodeaba, el cual consta de 18 gigantescas columnas dóricas, estriadas, en cada lado mayor, por 12 en cada lado menor, coronados los dos lados menores por un elegante frontón. Su cúpula remataba con una gigantesca estatua de Minerva, cuyo casco y escudo dorados deslumbraban con los reflejos del sol ó de la luna á los navegantes que costeaban el Pireo. Todavía existe entera la escalera en hélice que conducía arriba, cuya solidez é ingenio pueden ser imitados, pero no sobrepujados por la industria moderna.

Subí á la cúspide para dominar el mar y campiña del Atica, pero del marmol, tuve que bajarme, no sin haber recreado mi vista con la fértil campiña, contemplación del Icameto pensando en su celebrada miel, el Parnaso y sus vertientes, morada de las Musas; Las Colunas, La Meta, etc., etc.

A juzgar por algun fresco, que la intemperie acaba de destruir, y por algún pedazo de mosáico, que todavia se descubre en el pavimento, aquel templo era digno de la grandiosidad del Júpiter por la fastuosa mitología descrita, del Jehova de los Judíos de Salomón y del Dios único, propagado mas tarde por Sáulo en aquel Areópago, recinto de la filosofía y justicia.

Este templo contenía un número determinado de vírgenes, consagradas al servicio y sacerdocio de Minerva; la residencia de ellas era un bajo y precioso templete, implantado en la esplanada, á pocos metros del templo, cuyas columnas y muros es un encaje de riquísima escultura. Su interior no puede apreciarse por carecer de techo y estar en ruinas.

La vista de las vírgenes era raramente concedida: solo en el centenar del notable triunfo contra los Persas, allí conmemorado, era permitido, el subir allí en romeria y libremente á toda el Atica y Greciaentera.

(Continuará)

Modesto Martí

TIJERETAZOS

Dice un periódico:

«Es imposible predecir lo que sucederá mañana.»

¡Como si fuera posible predecir lo que pasará dentro de media hora!

En el porvenir no hay más que uno que lea.

Dios.

—

Un periódico de Madrid ha dado la noticia de la muerte del espada Reverte.

Y no hay tal.

[illegible] público.

Todo ha sido una cuestión de *perros* chicos.

Siempre el vil metal.

—

En un abrevadero situado á espaldas del gobierno civil de Tarragona estalló el otro día un petardo.

Pero no es anarquista, conste.

Un periódico da sobre él la siguiente explicación:

«El hecho, que no tiene importancia, se atribuye á algún pescador de los que suelen utilizar la dinamita, y que al pasar por dicho sitio lo tirase.»

Justo.

Envuelto en las tinieblas, dejó de acometer, bajó la punta de su espada temeroso de herir á Schamsul llemal, y en tanto Sidy Alhamar ganó la puerta y la cerró.

Muza corrió también á ella, pero era muy fuerte y no la pudo romper.

—¡Por aquí, emir! dijo la voz dulce de Schamsul-llemal, mientras se escuchaba en el jardín la ronca voz del infante que llamaba á sus esclavos; ¡por aquí! yo en mi larga cautividad, he buscado muchas veces una salida, he dado golpes haciendo resonar las paredes, y aquí hay un agimenez tapiado que ha resistido á mis fuerzas, pero que cederá á las tuyas.

Entonces Muza recordó haber visto la torre con los agimaces tapiados frente á la grande aljama; recordó que estaban poco elevados, y buscó á ciegas por el sonido de la voz á Schamsul-llemal, que le asió por la mano y le hizo tocar el sitio de la pared, que había encontrado más resonante y por lo tanto más débil.

El emir levantó en alto la adarga de hierro del capitán Gastón y dió con ella de punta en la pared; al tercer golpe derrumbóse y penetró por la abertura la luz de la luna, que alumbraba la plaza de la grande aljama.

—¡Pronto, Muza! esclamó Schamsul-llemal oyendo

los pasos precipitados de Sidy Alhamar, que atravesaba con gran tropel de esclavos el jardín; ¡pronto!

Muza desciñó la faja de la joven, asió uno de los estremos á su talle, y la descolgó á la plaza; luego cuando ella soltó el estremo á que estaba asida, el emir aseguró el otro á la columna del agimez y se deslizó en la plaza.

En el momento en que ponía los pies en tierra, una cabeza furiosa apareció en la abertura del agimez, y el infante Sidy Alhamar gritó furioso mostrándole los brazos estendidos y los puños crispados:

—¡Emir! ¡emir! ¡Por la sangre de mi padre, acuérdate del infante Sidy Alhamar!

Muza rugió de cólera: se le escapaba uno de los traidores, á su vista, sin que pudiese evitar su fuga.

Oyéronse pasos acompasados en una de las callejas próximas, y poco despues la luna reflejó en las armas de algunos soldados moros que rondaban precedidos de un alwacir.

Schamsul-llemal se cubrió con el velo y asió el brazo del emir, que gritaba:

—¡A mí! ¡á Muza Ebn Abil-Gazan!

La ronda acudió precipitadamente á su voz y le rodeó.

—¿Qué ordenas, poderoso señor? dijo el alwacir reconociendo al emir á la luz de la luna y saludándole respetuosamente.

vega y de los montes, y lucieron sobre ellas los fuegos, y el grito de guerra de Muza fué llevado instantáneamente hasta las lejanas fronteras y hasta el real de Santa Fé, que permaneció silencioso y oscuro.

—¡Un caballo y una lanza! gritó Muza dándose á conocer al alcaide de la puerta; ¡á caballo todos los zenetes de la guarda! ¡bajad el rastrillo y al campo!

Todo se hizo con un silencio y una rapidez que honraban á los ginetes granadinos; el alwacir con los diez ballesteros quedó guardando la puerta, y Muza cabalgó; poniendo ante si sobre el caparazón del caballo, á Schamsul-llemal, y se lanzó al galope seguido por cien zenetes, sobre el camino que conducía á la cueva del rio.

Pero nada se descubrió, la puerta estaba abierta, el palacio abandonado; en el retrete donde había encontrado Muza á Schamsul-llemal todo estaba en el mayor desorden; los pebeteros volcados, habían quemado á trechos la alfombra, y sobre el divan se veían algunas gotas de sangre.

Muza tomó posesión de aquél palacio abandonado en nombre del rey; mandó abrir la puerta que antes le daba entrada por la plaza de la grande aljama; y haciendo retirar á los zenetes y á los soldados que le